

El próximo día 26 de este mes de mayo, Deus et Sancti Jacobi Adjuvanti, estaré en Orense con mi hermana María Josefa y otras personas de mi familia, así como antiguos ingenieros colaboradores de mi padre, como el señor Berriochoa, y otros altos funcionarios del Ferrocarril Orense-Zamora, para rendir un postrer homenaje a la memoria de mi padre, el ingeniero coruñés José Fernández España y Vigil.

Se cumplen precisamente estos días el 50 aniversario de su trágica muerte en aquella curva del camino orensano, por donde

ya no pasa ahora la carretera que ha sido desviada.

Esta curva siempre se llamó «del Ingeniero España», y como hay a su vera un crucero y un pequeño monumento, antes del nuevo trazado, eran bastantes

las gentes que allí se detenían y no pocas las que le dedicaban un recuerdo.

Mi padre fue uno de esos seres de rara perfección que acaso en razón de su misma excelen-

cia no estaba destinado a vivir mucho.

Murió a la edad de Cristo y hace muy poco tiempo que un amigo orensano que ha revelado algo que yo ignoraba y es que la gentileza y el amor a sus semejantes que caracterizaron a José Fernández España nos da la clave de aquel accidente de automóvil que le costó la vida.

A mi padre, de joven, en La Coruña, todo el mundo le llamaba Joselín España, y no debe sorprendernos el olvido del Fernández pues este apellido patronímico suele ser relegado. Le decían Joselín para distinguirlo de su padre, el viejo general de Artillería, que era siempre Don José.

Mi padre que ahora hace cincuenta años recorría Galicia como un arcángel portador de aquello que Curros Enríquez había bautizado como la locomotora: «Santa María de Ferro».

Con él llegaba a las aldeas orensanas el progreso y así el joven ingeniero de Caminos Canales y Puertos era reverenciado cual un emisario de la industrialización de las comunicaciones, de los puestos de trabajo... «Augusto Assía», mi marido, que recuerda haberle visto siendo él un chaval en la tienda de su abuelo, don Felipe Fernández de La Mezquita, conserva nítida en su memoria la imagen de mi padre, en aquellos días que iban a ser los últimos de su breve y fecunda vida.

Quizá él pueda contarnos algún día como era Joselín, que magnetismo ejercía su persona. Yo no le recuerdo porque acababa de nacer, era todavía una criatura de gruesos mofletes a la que el ingeniero llamaba «Potocho», (los diminutivos me han perseguido siempre porque luego lo de «Potocho» se transformó en «Totorá»).

Pues bien; lo que me contó este amigo orensano fue que mi padre, que estaba terriblemente agobiado por el trabajo que suponía la dirección general del nuevo ferrocarril gallego, tras una larga jornada aún se fue a ver un maestro en un pueblo lejano porque resulta que este maestro tenía un hijo y quería pedirle a mi padre una recomendación. Y entonces Joselín fue a verle y prometió interesarse por el chico y se le hizo tarde en la visita y ya al volver rumbo a La Coruña, como llevaba aquellos gruesos zapatos de montaña y en llegando a la fatídica curva, al frenar se le resbaló el pie y el coche cayó al precipicio, el volante le aplastó el pecho causándole la muerte instantánea.

Es por eso que yo siempre aconsejo el uso de los cinturones, porque si entonces los hubiera habido y mi padre lo hubiera llevado puesto, tal vez hoy seguiría vivo como algunos ingenieros de su generación.

De todas las maneras siempre hay que confiar en la providencia. Viuda quedó mamá (y no puedo volver a hablar de

ella porque me lo tiene prohibido) y María Josefa aún no había nacido, pero las dos niñas huérfanas fueron a encontrar un segundo padre, para ellas siempre generoso y siempre lleno de cariño, en don Emilio Rey Romero, hijo de aquel gran empresario que fue el viejo don Emilio Rey, de Arzúa, y a su vez hombre de grandes esfuerzos y empresario ejemplar.

Tuvimos esa suerte María Josefa y yo que no todo el mundo tiene, pues en herencia realmente no nos quedó nada o apenas nada, salvo unas cien mil pesetas que nos dio la compañía de ferrocarril y que después unidas a otras ciento cincuenta mil que heredé de la rama económica de la familia, me sirvieron de dote y con ellas adquirí un piso bastante bueno en Madrid. Costó hace veinticinco años trescientas cincuenta mil pesetas, pues hubo cien de una hipoteca que todavía estoy pagando. No sé lo que valdrá ahora, posiblemente 6 ó 7 millones. En realidad sigue valiendo lo mismo, lo que no vale lo mismo es el dinero. estannos cis-cando os cartos.

Lo que más estimo en este mundo es descender de unas gentes tan limpias, tan buenas, tan inteligentes, tan honestas y tan patriotas como fueron mi abuelo el general Fernández España y mi padre Joselín. Yo, sin duda, no soy digna de ellos, pero soy un ser perfectible que procuro acercarme hacia nuevos parámetros siguiendo su ejemplo.

Y tengo también el orgullo de que en estos momentos en que cuatro cursis han decidido enterrar a España para llamarla el «Estado Español» de llevar a España en el apellido del mismo modo que la llevo en el corazón.

A HOGADO UN SUBMARINISTA EN BENICARLO

BENICARLO (Castellón). 10.— Miguel Fatsini Paga, de 39 años, falleció, cuando realizaba inmersiones para la búsqueda de crustáceos, al agotarse el oxígeno de la botella que utilizaba con tal fin.

Al parecer Fatsini cogió por error una botella que había usado días atrás y que tenía abierta la espita del oxígeno en posición de reserva, por lo que el contenido se agotó mientras estaba en el fondo.

Pese a que el submarinista tuvo la suficiente serenidad como para desprenderse del cinturón de plomo y subir a la superficie, cuando se le encontró era ya cadáver.— (CIFRA).

OTRO ENFERMO SE FUGO DEL PSIQUIATRICO DE VALENCIA

VALENCIA, 10.— A las veinticuatro horas de haber recogido en la vía pública a un enfermo fugado del sanatorio psiquiátrico, otro perturbado fue reintegrado a dicho centro por igual motivo.

Esta vez ha sido Angel G.M., de 46 años, natural de Barcelona, quien se encontraba con fuerte depresión nerviosa en la calle del Arzobispo Mayoral. Tras ser asistido en el Hospital Provincial, fue llevado al Sanatorio Psiquiátrico.— (CIFRA).

DE HOXE A MAÑAN

ESPAÑA COMO APELLIDO

Por VICTORIA ARMESTO

ROMERIA DA SARGADELOS

Por CARLOS GARICA BAYON

CADA año, romero de la propia sangre, acudo a algún santuario de la geografía o de la historia de Galicia. Son peregrinaciones que, a veces, repito periódicamente, y hallo en tales retornos la complacencia de autenticarme, de sentir más intensa la realidad que soy, mi arcilla, mi estirpe, mi humanismo. «Me llamo barro... Barro es mi profesión y destino» decía Miguel Hernández. Pues bien: yo me llamo tierra, me llamo San Andrés do Teixido, mi profesión y destino son Cebreiro, Finisterre, Caaveiro, Pórtico de la Gloria, altozanos de Trasalba... Y también me llamo Sargadelos.

En las últimas semanas volví a Sargadelos. Desde mi aldea de Xuño anidada entre Barbanza y la Costa de la Muerte, hasta Sargadelos, hay media Galicia de distancia. El viajero va ensartando, carretera adelante, Noya, Santiago, Betanzos, Viveiro, y ya, a un sus-



piro, Sargadelos. El viaje es, pues, como un itinerario por los claros varones de Galicia, por sus más resplandecientes espejos.

Sargadelos constituyó en el siglo XIX, fecundado por el espíritu de la Ilustración, la obra más sobresaliente del industrialismo regional, de ese auténtico industrialismo que ha de nacer, crecer, alimentarse, sin envilecimientos, del propio paisaje natural y humano. Ochenta y tantos años duró la aventura, desgraciadamente siempre acorralada por plurales azares, siempre falta de eco popular y de apoyos económicos y políticos, porque constantemente había sombras siniestras en su torno. ¿Qué manos, qué turbios intereses, qué intrigas internas y extramuros movieron los odios y las hogueras hasta el crimen?

Los románticos, empujados por su contextura sentimental y glandular, peregrinaban enfermizamente a las ruinas. Los románticos tenían un sentido sombrío de la existencia. Las ruinas de Sargadelos pudieron haber sido en nuestro Romanticismo, y durante años después, la etapa de una ruta decadente. Pero transcurrió el tiempo. Los románticos y postrománticos, cumplida su peripecia luctuosa, se retiraron de la escena; y un día, de golpe, resucitó Sargadelos que vino a ofrecer esa doble vertiente que uno más admira en la historia. Por un lado, el ayer, la ejemplaridad y el testimonio ya difuntos pero no muertos, de una empresa llena de potencia que se había quedado paralizada en el mismo borde de la tumba. Ahí están, para revulsivo de quien quiera verlas y sentir las y dolerlas, las piedras aún erguidas, abrazadas de zarzas, guateadas de mohos y líquenes, coronados de aves: la Casa de la Administración, las galerías subterráneas, las paredes de la siderúrgica, de la fábrica de loza, todo cuanto hoy constituye el recinto histórico nacional. Ahí están la presa por donde el Xunco se desborda de aguas y memorias, y el Paseo de los Enamorados, y el Pazo que habitara Raimundo

Ibáñez... Más, por otro lado, está la resurrección, otra vez la aventura ilustrada e industrial puesta en pie con el mismo espíritu y planificación que la anterior, la sangre al galope, Sargadelos empujando la proa hacia el futuro. Don Raimundo Ibáñez, que había fantaseado todo el orbe del viejo Sargadelos, y a quien las turbas anónimas —de una historia que espera las claridades definitivas— arrastraron y asesinaron por las calles de Ribadeo, sentiría en el polvo de su «muerte viva» el halago de las perduraciones. Porque allí, a la orilla de su obra, y del mismo mantillo de las ruinas, creció y sigue creciendo, como en los milagros medievales, el nuevo Sargadelos.

Y Sargadelos, como en un proceso de autoconciencia regional y de remordimiento colectivo, se ha convertido en uno de los polos del peregrinaje gallego. Del norte, del sur, de cada uno de los vientos, en una instintiva y resplandeciente contricción popular, cada día acuden a Sargadelos gentes y gentes que saben escuchar en sus entrañas la voz de los antepasados. La historia siempre acaba por seleccionar sus eternidades. Y allí en Sargadelos, de nuevo, como siempre, Raimundo Ibáñez, es decir, Isaac Díaz Pardo, hace realidad lo que Ibáñez pudo y no pudo soñar, resoldar, trasañar.

Viendo desde fuera a Díaz Pardo uno no se explica cómo su exigua naturaleza física ha sido capaz de coronar y magnificar la empresa de la resurrección de Sargadelos. Pero viéndola desde dentro, escuchándole, conociéndole, olfateando sus vísceras, pulsando sus arterias, navegando sus ojos, buceando su voluntad, uno comprende perfectamente la capacidad de Dios que contiene la errónea anatomía de su cuerpo. Díaz Pardo, con la arcilla entre las manos, fecunda y señorea cuanto empresa se proponga, pintura o dibujo, poesía o prosa, formas plásticas o fábricas, seminarios o laboratorios, museos o conferencias. Díaz Pardo, mínimo, franciscano, con el fuego de Pentecostés en lo alto de sí mismo, ardiendo constantemente, consumiéndose constantemente, embriagado de Galicia y de la belleza, impregnado de limo, amasado de la tierra parturienta, movimiento continuo, imaginación, voluntad, entrega, buscándole perfiles a las formas sin forma, constituye uno de los ónfalos humanísticos más cabales y trascendentes de la cultura gallega de todos los tiempos.

Y por su sombra, por sus noches sin sosiego, por sus días sin descanso, a la orilla cálida. Carmen, la esposa, sonríe el camino, abre los visillos, acompaña la arcilla para que la arcilla no devore al hombre. Yo he visto la artesanía humana de Carmen en sus manos y en sus labios, en esa callada entrega llena de voces mudas que el genio precisa para el sosiego de la creación. Y los ojos de Díaz Pardo, esos ojos que miran para todos los puntos, esos ojos que me recuerdan los de Picasso, sonreían. Porque Díaz Pardo, como las grandes divinidades, apenas si da importancia a los mundos que fecunda; y sonríe como un niño que inventa castillos en la arena. Allí en el fondo, en todos los fondos, en todas las superficies, y riberas y rosas de los vientos, Carmen borda tapices y custodia el tabernáculo.